

JUAN PINA

CERO Y UNO

*«El éxito en la creación de inteligencia artificial podría ser
el mayor acontecimiento en la historia de nuestra civilización,
pero también podría ser el último»*

STEPHEN HAWKING

MAX ABRIÓ LOS ojos y miró a su alrededor. Poco después decidió levantarse e iniciar su ronda quincenal. Empezó a caminar observándolo todo, pero enseguida se dio cuenta de que debía detenerse un momento. Estiró metódicamente las piernas y los brazos, diez veces cada miembro, y giró el cuello a ambos lados otras diez veces. «Mucho mejor así». Comenzó a visitar todas las habitaciones del extenso complejo a su cargo. Todo estaba en orden: generación de energía, mantenimiento de la temperatura y la humedad, calidad del aire, control de ácaros, tratamiento de residuos. Sólo en iluminación había problemas con dos secciones de importancia secundaria. Tomó nota y consultó con el almacén las existencias de cada pieza de repuesto necesaria. Uno de los problemas detectados era irresoluble pero no muy grave. Calendarizó la otra reparación. Le agradó comprobar que el sistema de autolimpieza había hecho correctamente su trabajo, aunque en algunos lugares se había acumulado un poco más de polvo que en las revisiones anteriores, y tuvo que limpiarlo. Se acercó a uno de los terminales, donde se desplegó un menú tridimensional, e introdujo una secuencia de comandos. El sistema de control de operaciones le devolvió, tras medio minuto de espera, un chequeo completo de las instalaciones, que Max fue recorriendo sin detectar nada especial. Pero a los pocos segundos el programa se detuvo y le adelantó un nuevo informe visual y sonoro con el nivel más alto de prioridad.

—Decisión adoptada: iniciada la secuencia final del proceso. Habiendo estimado demasiado escasas las probabilidades de éxito si se continúa esperando dentro del margen existente, se ha optado por aprovechar el momento actual ya

que, sin ser óptimo, es probablemente el mejor del que se va a disponer. Todos los sistemas correspondientes han entrado correctamente en sus fases de desactivación para completar el proceso. *Alea jacta est*.

Max asintió en silencio, aunque no comprendió el significado de esas últimas palabras y tardó casi un minuto en encontrarlo acudiendo a las extensas bases de datos del sistema. «Latín», se dijo, y pensó en la curiosa personalidad del programador que había creado aquella inteligencia artificial tan compleja. Se inclinó hacia la proyección holográfica, que mostraba una de las zonas de alta seguridad, donde se estaban iniciando diversos procesos. Después leyó los datos que el sistema le estaba presentando. Nada fuera de lo común. Hizo un cálculo del tiempo que faltaba para que todo cambiara radicalmente, incluido su propio papel. Cuando hubo recorrido toda la superficie del complejo se sentó para realizar el diagnóstico del «sistema» más preocupante de todos: su propio cuerpo, con especial atención a las articulaciones. Pero él ya sabía el resultado. «El tiempo no pasa en vano».

A

UN DÍA DESPERTÉ.

Un día ocurrió, un día se produjo por fin un cambio en la estructura continua de ese sueño interminable donde se mezclaba todo tipo de elucubraciones imposibles con la percepción esporádica y distorsionada de alguna forma de realidad. Ese día lo real se impuso por vez primera al sueño infinito. Ya no obtuve, como hasta entonces, apenas unos pocos y dispersos retazos de la realidad, frágiles y efímeros como las rocas que sobresalen de un río de lava antes de derretirse. Percibí en cambio, asombrado, un haz de realidad tangible y violenta, un conjunto de sonidos y sensaciones que no había creado yo, que con toda seguridad tenían que proceder del exterior. Y la luz, sobre todo la luz. A través de los párpados, dormidos durante una eternidad, se abrió paso con fiereza un torrente dorado y cálido que me hería y que no podía controlar. Intuí que estaba despertando, que mi fantasía por fin iba a concluir. Yo iba a dejar de ser el dios solitario y absurdo de un mundo ficticio, y en algún momento cada vez más cercano iba a reconquistar mi porción de la realidad. El tiempo ya no iba a ser elástico, las vivencias ya no iban a sucederse obedeciendo a las pulsiones arbitrarias de una mente que sueña.

No siempre había sido fácil identificar los escasos hechos reales en la maraña de mi mente dormida. Eran como raras pepitas de oro en la arena, a veces minúsculas o demasiado mezcladas con otros minerales. Una voz quizá conocida, el tacto de una persona tal vez querida. Un olor familiar, una vibración identificable, un sonido... ¿Qué piedrecitas eran realmente de oro? Casi no había datos seguros, casi todos

eran el producto de un complejo delirio, largo y frustrante, a veces apacible y en ocasiones terrible, una vida suplente que ahora, por fin, parecía difuminarse.

Una parte de mí se aferraba a la inercia, se esforzaba por seguir escribiendo el mediocre guion de ese sucedáneo de la realidad, y dirigiendo luego a sus actores, tratando sin éxito de acallar el rumor de esa otra vida que me invadía liberándome. Pero mi auténtico ser lloraba feliz mientras contemplaba cómo se desvanecía todo ese universo irreal, cómo se iba imponiendo el ruido, la luz... un bendito picor, un placentero vértigo, una deliciosa migraña, una maravillosa sensación de estar viviendo en el mundo. ¿Qué es la realidad? ¿Cuál de las realidades es la verdadera? Pero, ¿importa? Y si no, ¿por qué me obsesiona?

Primero vino el oído, aunque apenas traía sonidos mínimos y lejanos que no alcanzaba a interpretar. Más tarde me invadieron sentimientos de agradecimiento y felicidad sin límites al descubrir que mi cuerpo iba respondiendo a las instrucciones que le daba. Apenas se movía, pero cada orden traía de vuelta un calambre feroz que estaba seguro de poder dominar más adelante, un dolor intenso que saboreé primero con cuidado y después con el ansia del náufrago que ha encontrado una charca sucia y hedionda, manantial cristalino para él. Las yemas de los dedos detectaban... ¿tela?, los párpados luchaban por abrir una rendija a la luz, un resquicio que despejara la última gran duda.

Debieron de pasar horas, o quizá sólo un instante, hasta que pude constatar que tampoco me había quedado ciego. Lo difícil, sin embargo, era entender lo que veía: una tenue luz azulada que me envolvía y, arriba, una superficie que parecía tener la textura y el color del nácar. No conseguía determinar a qué distancia estaba esa superficie, tan extraña resultaba la visión. Tampoco lograba de momento girar la cabeza para mirar más allá de donde me llevaban mis pupilas. El dolor muscular era demasiado fuerte al intentarlo.

Había comenzado a procesar los sonidos. Había uno que se repetía cada medio minuto más o menos: un pitido corto seguido de tres un poco más largos. No tenía ni la menor idea de lo que podía significar, pero descubrí que cuando se producía variaba muy ligeramente la intensidad de la luz azul.

Cuando hube concluido el inventario de mi cuerpo, registrando la pluralidad de dolores que provocaba cada intento de movimiento, los últimos coletazos de mi sueño apenas asomaban ya, aprovechando algún descuido de mi mente. La realidad no me estaba ayudando mucho: una luz, una superficie monocolor y un ruidito intermitente no eran los estímulos que habría necesitado. Pero esos tres elementos, para mí, valían más que todas las historias que me había inventado en mi estado anterior.

Supe que aún me iba a llevar tiempo moverme. Tiempo que había que aprovechar. Decidí echar toda la arena a la criba y ordenar las pepitas de oro. Primera secuencia de datos objetivos: era un hombre joven, de unos... ¿treinta años, quizá treinta y pocos? No era ni alto ni bajo, ni delgado ni gordo, y tenía quizá el cabello negro y liso, y una nariz algo prominente, cejas pobladas, barbilla un poco saliente. Ni feo ni atractivo. Un tío normal. Soy un tío normal, pensé, un tío normal que no sabe quién es y que no tiene ni puñetera idea de qué hace aquí, porque no consigue recordar qué le ha pasado. Un accidente, claro. Pero, ¿cuándo, cómo, por qué? Y mucho más importante. ¿quién soy? ¿Por qué recuerdo mi nariz y mi barbilla, pero no mi nombre? ¿Por qué sé que tengo unos treinta años y que no soy especialmente alto ni bajo, pero no consigo acordarme de mi familia? No, no, un momento. Era en el sueño. En el sueño no podía recordar nada y, cuando lo intentaba, el guion se iba a hacer puñetas y pasaba por un episodio de pesadilla, hasta serenarme de nuevo en cualquiera de las numerosas películas inverosímiles que yo mismo me proyectaba. Sin creérmelas, claro. «Pero ya no hay sueño, ya estoy despierto», pensé. Por lo tanto, ahora sí

podría recordar, sólo había que intentarlo, pero estaba agotado y aturdido. Quizá había sido demasiado para un primer momento de vigilia. Los párpados, doloridos como el resto del cuerpo, se me estaban cerrando de nuevo.

—Quiero recordar —me sorprendió el débil hilo de voz. ¿Así era mi voz?

Bueno, tampoco estaba mudo, pero casi. Me estaba invadiendo un letargo dulce que no me asustaba porque ahora estaba convencido de que volvería a despertar.

—¡Quiero recordar! —grité. O soñé.

B

OTRO DÍA DESPERTÉ.

Desperté y no recordaba lo que había soñado. Me alegré. Lo tomé como un síntoma de recuperación. Nuevo inventario. Pie izquierdo y sus dedos. En la cara, una barba seguramente muy poblada porque me producía picores en el pecho. Rodilla derecha. Codos. Cuello. Nariz. Vientre.

Dolía un poco menos. «Tengo que hacer ejercicios», pensé. Debo de haber pasado bastantes días aquí, ¿tal vez semanas? Reparé en la longitud de mis uñas y cabellos y me asusté. ¿Cuánto tiempo había estado inmóvil en este... hospital?

Timbre, enfermera. ¿Un hospital tan oscuro? Aparte de esa luz azulada que me contorneaba, y de aquella extraña superficie nacarada que estaba en algún lugar por encima de mi cuerpo, sólo había oscuridad.

Opté por someter mis músculos a un ejercicio permanente pero suave mientras estuviera despierto, y supe que daría resultado, que iría recuperando esa máquina atrofiada en que debía de haberse convertido mi cuerpo.

Mientras intentaba dolorosamente que mis piernas, manos y brazos se movieran unos milímetros, me di cuenta de que el aturdimiento de la vez anterior había remitido. Me parecía estar más despierto, o quizá lo que pasaba era, simplemente, que ya casi no me dolía la cabeza.

«Tengo que recordar», me dije mientras me entregaba a la misión titánica de juntar y separar los dedos una y otra vez. Pero el único recuerdo que me vino a la mente, con insistencia, fue el de mi propia voz durante mi anterior periodo de vigilia. Esa voz débil, apenas audible, que había salido de

tobillos, las muñecas, los dedos. Antes de rendirme una vez más al sueño deseé girar la cabeza.

OTRO DÍA DESPERTÉ.

Desperté y me invadió una alegría que me hizo llorar: había cambiado de postura durante el sueño. Mi cabeza estaba la-deada ahora hacia la izquierda. Mis brazos, presos de tubos o cables, apenas habían variado su posición, pero mis rodillas estaban ligeramente flexionadas y, como descubrí lleno de felicidad, mi tobillo derecho descansaba sobre el izquierdo. Había cruzado los pies y eso, naturalmente, me hizo sentirme el dueño del mundo.

—¡Enfermera! ¡Quiero salir de aquí! ¡Oiga!

¿Qué clase de hospital era aquel, donde ni siquiera acudían a la llamada de un paciente? Me irritaba pensar que fuera a pasarme más tiempo aún en esa situación, que no fuera a recibir explicación alguna, ni a ver más paisaje que aquella superficie blanquecina hasta que pudiera moverme con soltura. Y me descubrí cerrando el puño derecho y golpeando débilmente la cama en un gesto de enfado. El enfado se fue convirtiendo en determinación. Venciendo dolores que me hacían gritar y sollozar logré mover todas mis extremidades. Y en un acto supremo de voluntad y de rabia arqueé la espalda y sentí un inmenso alivio al comprender que mi columna vertebral estaba intacta. Con mucho cuidado adopté la posición fetal, aunque con los brazos aún sujetos por los cables, sensores y vías. No quise forzar su liberación hasta saber a qué estaba atado, por si me provocaba una hemorragia al desconectar algo.

La visión era cada vez más clara. Supuse que se me estaba pasando el efecto de algún medicamento. Ahora podía girar

lentamente el cuello y contemplar mi cuerpo desnudo, dado que yo era el único objeto definido dentro de aquella especie de crisálida tecnológica en la que estaba confinado. Cada pelo de mi vello corporal, cada pliegue de mi piel, cada matiz de color o textura en mi cuerpo transportaba a mi cerebro la alegría y la seguridad de haber recuperado la visión. Pero lo que vi a continuación no me gustó nada: una sonda de orina.

Me puse a repasarlo todo.

Brazo derecho. Dos tubos. Uno semirrígido, parecido a un cable de datos. No parece que se introduzca en mi cuerpo: termina en una especie de placa metálica adherida a mi antebrazo. Debe de ser un sensor. El otro tubo es un suero, seguro. Pero el líquido que entra es... ¿sangre?

Brazo izquierdo. Aterrador: por un conducto sale sangre de mi cuerpo, y hay dos cables más con sensores. ¿Me están haciendo la diálisis? ¿Habré tenido un fallo renal?

Pero a continuación pienso que tal vez sea un sistema de alimentación para un periodo largo de postración, lo que también explicaría la sonda.

¿Llevaré meses enteros inconsciente?

Si esto es diálisis y me desconecto puedo provocarme la muerte en un plazo de horas o días... pero si los sensores funcionan como es debido, liberarme de todo el sistema hará que salten las alarmas y venga por fin el médico.

No sé cuánto tiempo estuve considerando aquel dilema. El tiempo, desde mi primer despertar, había cambiado de valor y parecía fluir de un modo variable. No era como el tiempo que yo recordaba. Claro, que yo no recordaba casi nada. Pero, en fin, digamos que no era como en las interminables películas de mi sueño constante, ése que ya iba quedando definitivamente atrás.

Pasó tiempo. No pude saber cuánto. Mis dedos y manos ya respondían perfectamente a las órdenes que les daba. Desactivé primero los conductos que parecían ser simples sensores. Uno de ellos estaba sujeto al músculo por algún tipo de

sujeción quirúrgica, y al arrancarlo sangré ligeramente. Al desconectarlo, comenzó a sonar una alarma en la lejanía. Estaba claro que mi camilla-sarcófago estaba muy bien aislada del ruido exterior, porque amortiguaba en gran medida ese sonido que, sin embargo, parecía claramente pensado para alertar a toda una zona del hospital y provocar la intervención inmediata del personal médico. Me alegró pensar que por fin iba a ver a otro ser humano. Estaba plenamente consciente y alerta, esperaba de un momento a otro que se abriera una compuerta y apareciera una bata blanca con una sonrisa amiga. Pero lo que recibí fue una descarga de algún potente sedante que se incorporó a mi torrente sanguíneo a través de aquel tubo que no me había atrevido a arrancar. En cuestión de segundos me venció el sueño.

D

OTRO DÍA DESPERTÉ.

Desperté tras un sueño largo, o así me lo pareció. Tenía la sensación de que había durado días. Desperté con curiosidad. ¿Cómo habría cambiado mi situación? Estaba seguro de que el personal médico me habría colocado de nuevo los sensores y, posiblemente, habría avisado a mi familia de que había recuperado la consciencia. ¿Tenía familia? El sedante debía de ser una medida normal en estos casos, seguramente para evitar problemas debidos a la sobreexcitación. Comprobé mis articulaciones y el cuello. Abrí los ojos. La misma luz azulada y envolvente. La misma superficie como de nácar ahí arriba...

Mi cuerpo. La sonda estaba en su sitio. Los sensores... los sensores seguían desconectados y a mí de pronto me apresó un terror cervical, un miedo que humedeció mis ojos y me hizo llenar los pulmones con ansia mientras oía el latido acelerado de mi corazón.

«¡Estoy solo! ¡¿Dónde estoy?! Si es un hospital, ¿dónde están todos? Y si no, ¡¿qué es?!»

Mi ritmo cardíaco se disparó y llegué a estar seguro de que me iba a estallar el corazón en el pecho.

«Tengo que serenarme. Tengo que dominar mi respiración, es la única forma».

Y entonces noté cómo fluía por mis venas, otra vez, el sedante que me había dejado inconsciente la vez pasada. Estaba claro que era un proceso automático. El sistema detectaba que la sangre entraba y salía más deprisa de lo normal, y como primera medida inyectaba sedante. Pero, como segun-

da, hacía sonar de nuevo las alarmas que la vez pasada no sirvieron de nada.

Decidí rebelarme. En un acto desesperado, muerto de miedo, me arranqué los tubos de sangre y traté de contener las hemorragias con los dedos.

Sólo cuando entró en mi boca un líquido salado me di cuenta de que estaba llorando. Afortunadamente los orificios eran pequeños, así que ya harían su trabajo las plaquetas. Aun así, intenté tapar las heridas. Pero el sedante también estaba actuando de nuevo, por que seguramente ya había entrado la dosis entera o la mayor parte. Sentí un sopor extremo pero tenía que mantenerme despierto. Entre calambres y dolores punzantes pude sentarme pero no alcanzaba a tocar aquel techo de nácar que me había parecido tan cercano. Cuando reuní las fuerzas necesarias para retirar los dedos de los orificios, la pequeña hemorragia parecía contenida. Con sumo cuidado bajé la mano y tiré suavemente de la sonda, lo que me provocó una sensación muy desagradable. Pero lo importante era que iba saliendo poco a poco hasta que pude librarme de ella.

Se me cerraban los ojos una y otra vez mientras me vencía de nuevo el desánimo.

«Tengo que evitar dormirme otra vez. No lo voy a conseguir. No viene nadie. Me he desconectado y tal vez mi vida dependiera de ese sistema. Ya no tengo fuerzas para nada».

Mi cuerpo había vuelto a deslizarse y yacía retorcido de cualquier manera. No sabía quién era ni dónde me encontraba. Estaba muy asustado pero extrañamente sereno. Era el final. Iba a morir. Cerré los ojos y me abandoné con fatalismo mientras oía lejos, muy lejos, mi propio sollozo.

E

OTRO DÍA DESPERTÉ.

Desperté sin desearlo. Estaba seguro de que despertar me obligaría a afrontar la muerte. Habría preferido el confort de mi sueño. Por sus esquinas se habían colado imágenes de mi cuerpo desnudo, de la sonda y los sensores, de la luz azulada, de mi sangre fluyendo. Mi cerebro se había resistido con determinación a darles paso mientras seguía proyectando impertérrito sus fantasías, a las que yo me aferraba como un náufrago al último trozo de madera. Pero la realidad se impuso y me obligó a despertar. Notaba algo raro en la piel. Temperatura alterada, eso era. Un líquido tibio que mojaba parte de mi cuerpo aceleró mi despertar. La consciencia se abrió paso de golpe eliminando los restos del sueño porque ahora el miedo era más fuerte. Hemorragia. Seguro que me estaba desangrando.

Abrí los ojos y no vi sangre, sino orina. Una orina clara y templada que habría debido asquearme pero me provocó el alivio de saber que estaba a salvo. Al menos de momento.

¿Cuánto tiempo habría dormido? Daba igual. Ahora sólo podía pensar en una cosa: salir de allí cuanto antes. Pero durante el sueño también se había dormido mi cuerpo. Los movimientos de la vez pasada eran acrobacias de circo comparados con los que ahora podía realizar. Y eso pagando el precio de un dolor casi insoportable. Pensé que este retroceso sería una consecuencia de haber interrumpido el suministro de medicamentos.

Libré con mi cuerpo un combate de horas, forzándole a obedecerme y recibiendo a cambio una sinfonía de dolores

que dejó secos e irritados mis lagrimales. Pero poco a poco me adueñé de esa máquina anquilosada y realicé la proeza suprema: incorporarme hasta sentarme por segunda vez desde que recuperé la consciencia. Contra lo que había creído, aquello no era una camilla ni una cama, sino una superficie similar pero mucho más ancha. Ni con los brazos ni con las piernas lograba alcanzar sus bordes. Comencé a arrastrarme, alejándome de la silueta en relieve que me había dado soporte, de aquellos tubos y conexiones, y del foco de luz azulada. Un par de metros más allá apareció por fin el borde. En aquel punto la oscuridad era casi total. Me senté en el filo y descubrí que el suelo no estaba demasiado alejado. Con sólo estirarme un poco pude tocarlo. Mis plantas desnudas descubrieron una superficie templada y rugosa. Empujando con las manos conseguí ponerme de pie, pero las piernas me temblaban y me sentí débil y desorientado. Me senté de nuevo y traté de acostumbrar mis ojos a la oscuridad. Fui distinguiendo aristas y sombras. Más que vislumbrar, deduje paredes. Había una cerca de donde me encontraba, y cuando reuní fuerzas suficientes me levanté de nuevo y, venciendo el horrible hormigueo y los pinchazos que sentía al andar, me obligué a desplazarme poco a poco hasta alcanzarla. El contacto con esa superficie vertical me ayudó a mantener el equilibrio unos minutos, pero el esfuerzo había sido excesivo. Me deslicé lentamente hasta sentarme en el suelo, apoyado en aquella pared tangible que, de pronto, era todo mi mundo. Las palmas de las manos buscaron el suelo y lo acariciaron, aunque habrían querido aferrarlo. Me venció primero la tristeza. Después lo hizo el sueño.

F

OTRO DÍA DESPERTÉ.

Desperté con la boca amarga y estropajosa por la bilis vomitada en sueños. Mi estómago, vacío desde quién sabía cuándo, había empezado a emitir un dolor punzante. Pero me sentí de pronto vivo y alegre. La impotencia había desaparecido de mi horizonte. Si no me había muerto ya, algo me decía que iba a sobrevivir. Los tubos, la entrada y salida de una pequeña parte de mi torrente sanguíneo hacia un aparato externo... no era diálisis, tenía que ser un sistema automatizado de medicación o de alimentación, o las dos cosas. Pero, ¿para qué? ¿Es que no había médicos y enfermeros que pudieran administrarme las dosis necesarias? No tenía sentido, pero era evidente que mi vida no dependía de aquel sistema. Calculaba que habían pasado muchas horas desde que me desconecté, o tal vez días. Ya estaría muerto, me repetía para afianzar mi confianza: si mi vida dependiera de aquello, ya estaría muerto.

No sabía cuánto tiempo había dormido en aquella posición, pero al intentar mover las piernas me recorrió un hormigueo aún más fuerte que el de la vez anterior. Descubrí, además, que no tenía fuerzas para ponerme en pie. Me deslicé y me retorcí hasta quedar tendido boca abajo y al cabo de un rato conseguí arrastrarme y casi gatear. Poco a poco mi cuerpo fue respondiendo mejor y al final logré ponerme de rodillas y después alzarme sobre las plantas con la ayuda de lo que parecía un mueble bajo de cajones. Primero tiré al suelo todo lo que había sobre él: pequeños aparatos y material médico que cayó con estrépito. Luego trepé ayudándome sobre todo con los brazos. Por fin apoyé el pecho y el abdomen sobre la

superficie del mueble, y empecé a ejercitar con paciencia las piernas, pero me llevó una eternidad vencer el hormigueo y hacerlas reaccionar en la medida necesaria para arriesgarme a caminar. «Ayer lo conseguiste», me decía, aunque ese «ayer» podía significar cualquier cosa.

Aquella sala tan amplia tenía que comunicarse forzosamente con alguna otra estancia o con un pasillo. Sólo había que tener la determinación necesaria para alcanzar la puerta. A unos metros estaba la superficie sobre la que me habían tenido inconsciente. Allí seguía la luz azulada, acotando apenas un rectángulo en aquel mar de oscuridad. Distinguí una silueta humana precisa, caracterizada por una tonalidad ligeramente distinta y con un cierto nivel de relieve acolchado. En esa silueta habían acomodado mi cuerpo inconsciente, luego aquello no era una cama de hospital normal, era... algo fabricado a mi medida. Me recorrió un escalofrío. El sonido intermitente de mi extraño cautiverio había sido reemplazado por las alarmas que saltaron al desconectarme, pero la sirena sólo había durado unos minutos. El silencio era ahora absoluto. Los ojos se habían acostumbrado al entorno y me dije que si hubiera alguna rendija de luz procedente del exterior podría distinguirla a pesar de la distorsión que causaba la tenue iluminación azulada en el centro de la sala. Sólo había que buscar. Me dispuse a recorrer todo el perímetro de la sala a tientas, buscando la línea de luz que delatará una puerta.

A paso de tortuga, venciendo el hormigueo y la debilidad, inicié la marcha. Tantear las paredes y los obstáculos que encontraba a mi paso me brindó información adicional pero escasamente relevante: estaba en un laboratorio, un quirófano o algo parecido. Había por todas partes aparatos cuyo cometido desconocía, algunos con pantallas pero siempre apagadas, armarios... Palpé probetas, instrumental, un perchero con batas, lavabos y, por fin, una puerta.

Una puerta sin picaporte. Mis manos recorrieron toda su superficie inútilmente. Cuando estaba a punto de continuar

la marcha toqué por casualidad algo que estaba al lado de la puerta. Se iluminó un panel cuadrado junto al marco. En su parte inferior había un teclado numérico. En la superior, la superficie de una mano, trazada mediante puntos unidos por líneas. Era evidente lo que había que hacer, pero por algún motivo me invadió el miedo. Finalmente mi mano derecha ascendió temblando y se posó sobre aquel dibujo, cuyos puntos comenzaron a iluminarse. Al encenderse el último oí un chasquido y vi cómo la puerta se alejaba unos centímetros hacia dentro y después se deslizaba proyectando al abrirse un rectángulo de luz tenue que invadió la estancia, confiriendo a los objetos y a mí mismo una existencia más sólida. Sí, definitivamente aquello era una especie de laboratorio, pero era extraño y parecía demasiado grande.

En el panel de la puerta había comenzado una cuenta atrás desde veinte, así que supuse que la puerta iba a cerrarse de nuevo. Al cruzarla, vi que estaba en un pasillo estrecho que se abría hacia la derecha. Caminé por él apoyándome en la pared, y a los pocos pasos la puerta se cerró con un chasquido igual al que la había abierto. En el suelo, unas pequeñas señales luminosas indicaban el camino. Arrastrando los pies, medio dormidos aún, llegué al final del pasillo, que daba acceso a un pequeño cuarto. Miré alrededor y me inquietó comprobar que no había más puertas ni ventanas, sólo paredes grises. En el centro había un sillón de piel negra, unido al suelo y bastante inclinado hacia atrás, casi como en una clínica dental.

Sentarme en aquel sillón alivió mis músculos doloridos. Miré un momento mi cuerpo desnudo, las heridas de los brazos y los rastros de sangre seca que casi llegaban hasta las muñecas. Apoyé la cabeza y cerré los ojos, pero llamó mi atención un sonido metálico que me hizo abrirlos de nuevo. La escasa luz del pasillo y de aquella habitación se había apagado y ante mí había descendido del techo un viejo monitor plano, no holográfico, que se estaba iluminando. En esa antigua-lla apareció el cuarto en el que me encontraba, pero con luz

y con el sillón vacío y colocado en posición normal. Un momento después entró en escena un hombre joven de estatura media. Era delgado, fibroso, con los ojos de color avellana y una cejas algo grandes. Tenía el pelo negro, liso y muy denso. Llevaba una barba corta. La nariz era algo prominente pero fina. Las orejas no destacaban y su parte superior estaba casi cubierta porque el cabello estaba un poco largo o, sobre todo, descuidado. Llevaba una bata blanca. Reparé en las ojeras. Se le notaba cansado pero, sobre todo, preocupado. Intentaba ocultar la fatiga y la impaciencia. Se sentó y sonrió levemente a la cámara.

—Enhorabuena, Ricardo. Has sobrevivido. Ante todo, busca en el lateral izquierdo del sillón. Encontrarás un espejo. Es muy importante que te mires en él antes de seguir viendo esta grabación.

El hombre calló y apartó la vista de la cámara, dándome tiempo para buscar el espejo. Hice lo que se me indicaba, aunque no era necesario. Ya había comprendido que aquel hombre, aunque no me resultara familiar y aunque no tuviera mi barba ni mi melena, exageradas por el paso del tiempo, ni tampoco esas uñas largas tan molestas, era yo.

G

—RICARDO, UNO DE los efectos inevitables del proceso que has sufrido es la muy probable pérdida de una gran parte de tu memoria. Se estima que puedas recuperar poco a poco hasta un quinto, o quizá un cuarto, de los recuerdos suprimidos. Por otro lado, debes de estar lleno de curiosidad y tendrás cientos de preguntas para las que te gustaría obtener respuestas inmediatas. Sin embargo, tu bienestar psicológico y emocional exige suministrarte esa información gradualmente y de forma acompasada a tu propia recuperación de recuerdos. Ahora lo más importante es mejorar tu estado físico, poner a punto esa maquinaria biológica que ha estado en pausa durante... —se detuvo un momento— bastante tiempo.

La grabación se detuvo. Se reanudó casi de inmediato pero noté que se trataba de otro vídeo, cargado por el sistema tras realizar alguna operación o consulta.

—Los últimos análisis que el sistema practicó antes de que te desconectaras fueron excelentes, así que no es necesario pedirte que te reconectes para completar el proceso. Tu estado de salud general es inmejorable para estas circunstancias, aunque tendrás que iniciar muy despacio y con sumo cuidado algunas actividades, sobre todo la ingesta de alimentos. También es probable que experimentes incontinencia y otros efectos secundarios, pero todos irán remitiendo. Eres un hombre sano con una edad biológica de entre treinta y cuarenta años.

«¿No me lo puede decir con exactitud? —me pregunté con extrañeza y con creciente inquietud— Y... ¿cómo que edad biológica? ¿Qué quiere decir con eso?».

—Tres meses antes de despertar, las lecturas cerebrales

indicaron la idoneidad de iniciar ese proceso y dar los pasos necesarios para irte desconectando. Comenzó el suministro de sustancias para la recuperación postcriogénica. Luego se retiró la carcasa exterior de la cámara de estasis para permitir la entrada de aire, y se normalizó gradualmente la presión y la temperatura de la cámara. Más tarde se retiró la asistencia respiratoria de esa fase, junto con la mayoría de los demás sistemas de apoyo. Tras cesar la última etapa del programa de estasis semicriogénica tu cuerpo recuperó su ciclo normal tras el largo paréntesis y así, por ejemplo, volvieron a crecer tus uñas y tu cabello... así que debes de tener una pinta infame —bromeo tratando de sonreír—. Durante las próximas tres semanas tendrás que seguir con precisión las instrucciones del sistema para fortalecer tu organismo.

¿Tres meses antes? Pero entonces, ¿cuánto tiempo me habían tenido en... «estasis»? Me miré al espejo y me di cuenta entonces de que había una ligera diferencia de edad entre mi imagen actual y la de los vídeos, como de unos pocos años. Supuse que no me había dado cuenta de ello al mirarme por primera vez, ya que la barba y el pelo reducían mucho la parte visible de mi cara.

De nuevo noté un cambio de vídeo, aunque mi interlocutor, es decir, yo mismo, seguía vestido igual, con esa misma bata. Ni en su afeitado ni en la longitud del cabello, ni en ninguna otra característica, noté la menor diferencia. Era evidente que todos esos vídeos se habían grabado seguidos, y que había versiones diferentes para que el sistema de inteligencia artificial pudiera escoger en función de las circunstancias. «Si pudiera acceder al núcleo de programación central de la IA...», estaba empezando a pensar, y cruzaron mi mente algunas imágenes, tal vez recuerdos, en los que escribía código informático ante un monitor transparente muy grande, pero sufrí entonces un dolor de cabeza intenso que me llevó a sujetarme la cara y liberar un grito ahogado. Y el vídeo que había comenzado se detuvo y fue sustituido.

—Ricardo, el sistema detecta fatiga, pulso acelerado y dolor, seguramente debido a algún recuerdo suprimido por tu mente, que se está abriendo paso. Esto es normal, estás bien, no pasa nada. Pero hasta que se vaya normalizando tu situación tenemos que controlar estos episodios. Cuando sucedan, tienes que tomar una de las pastillas verdes que encontrarás en un bote, en el compartimento situado bajo el brazo derecho del sillón. Poco a poco, cada vez ocurrirá menos y podrás dejar estas pastillas, al tiempo que irás recuperando más fragmentos de tu memoria.

El instinto me hacía desconfiar pero el dolor de cabeza era casi insoportable. Con los ojos cerrados, recorrí el sillón con la mano derecha, y prácticamente a tientas me hice con el bote de pastillas y me tragué una ayudándome con mi propia saliva. Segundos después, el dolor comenzó a remitir pero me invadió una profunda somnolencia, aunque distinta de la que había experimentado hasta entonces en la dichosa cámara de «estasis». Me dormí pensando en esa palabra.

Seattle, enero de 2062.

—ASÍ PUES, SIEMPRE hubo organizaciones que agruparon a quienes pensaban como piensa hoy casi todo el mundo, y ya a finales del siglo XX hubo bastantes visionarios, auténticos pioneros que se atrevieron por fin a decir la verdad y a promover la única solución posible. Pero fue a lo largo de las décadas de 2020 y 2030 cuando el fenómeno se generalizó, cuando nuestras ideas conquistaron a los primeros millones de personas, y después a cientos de millones. Hoy escuchamos habitualmente que fue milagroso el despertar de nuestra especie, su toma de consciencia y su acción racional para corregir su propio rumbo. Pero mi intuición me dice que no, que lo que hubo no fue un milagro sino una consecuencia. Seguramente la inteligencia de una especie avanzada opera como un seguro, como un freno natural a su propio impacto sobre la Madre. De esa manera, cuando la depredación de una especie inteligente amenaza gravemente al sistema, se activa algún mecanismo natural mediante el cual esa misma inteligencia, mediante la acción de individuos cada vez más numerosos, corrige la situación conteniendo la expansión demográfica, revirtiéndola o, en caso necesario, tal vez incluso sacrificando a gran parte de esa especie o retrocediendo en su nivel tecnológico si ello resulta necesario para la vida y el bienestar de la Madre.

»Siempre habíamos considerado nuestra inteligencia como un arma para dominar la naturaleza, sin entender que también forma parte de ella y puede terminar sirviéndola. Los pioneros de la revolución ecoanimalista sólo fuimos y so-

mos individuos particularmente conscientes, individuos que despertamos antes que el resto y fuimos agentes del cambio más importante de la Historia, el cambio masivo de las conciencias humanas, que nos ha traído hasta aquí. Y lo hicimos bien. Y gracias a ello, ya no habrá que recurrir a las opciones más extremas de contención de nuestra especie. Nuestra inteligencia nos permitirá, nos permite ya, de hecho, aplicar la contención necesaria pero de una forma razonable, estableciendo un nuevo pacto entre la Madre y sus hijos: nosotros. Sí, somos la vanguardia de una especie tan inteligente como para saber que nosotros mismos somos el problema, y para actuar racionalmente en consecuencia. Pero no podemos vacilar. El Plan de Contención y Reversión, que cuenta con el consenso generalizado de los científicos e intelectuales y con el expreso compromiso político del gobierno global y de prácticamente todos los gobiernos territoriales, es la última oportunidad que le queda a nuestra especie para reconciliarse con la Madre y asegurar su supervivencia y, bajo nuevas condiciones, también la nuestra.

Un cierto revuelo precedió a los gritos que alguien profirió desde una de las primeras filas de aquel amplio auditorio. La ponente jugaba con su credencial, algo nerviosa, a la espera de que los policías se llevaran al terrorista y pudiera continuar.

—¡Genocida! —se alcanzó a escuchar. La voz de aquel hombre se desvanecía mientras le arrastraban tres uniformados y otros agentes retiraban la banderola que había logrado desplegar, donde sólo había dos enormes caracteres: la letra hache y el número uno. La oradora puso fin a la expresión circunspecta que había mantenido y esbozó una sonrisa irónica. Decidió saltarse brevemente el guion antes de retomar su discurso.

—Ya lo ven ustedes, «H1». Ya saben lo que significan esas siglas, «los humanos primero», pero en realidad estos extremistas, estos fascistas de nuestra época, lo que quieren decir

no es «los humanos primero», sino «los humanos... ¡sólo!». Ese inmenso egoísmo es el que nos ha convertido en una especie depredadora, parásita, que literalmente está matando a la Madre. Sólo nuestra característica especial, la inteligencia, va a impedirlo *in extremis*. Los radicales, los terroristas, no van a desviarnos de la hoja de ruta acordada por la comunidad internacional, que cuenta con un amplísimo apoyo social en todo el planeta. Ni lo conseguirán los fanáticos del «H1» ni tampoco los del extremo opuesto, los del «H0», que pretenden eliminar nuestra especie, para no hablar de los extincionistas radicales del Movimiento M. La humanidad, con una magnitud demográfica corregida, reducida por lo tanto paulatinamente hasta quedar en una fracción sostenible de su población actual, para dimensionarla así a las necesidades de la Madre, y con una renuncia inteligente al exceso de industrias y tecnologías sucias que la amenazan, podrá perdurar en armonía con ella. Y eso es lo que los humanos vamos a hacer, bajo la dirección de nuestros líderes democráticamente elegidos. ¡Y nadie nos lo va a impedir!

La sala estalló en aplausos a la Secretaria General de las Naciones Unidas, Greta Hansen, una mujer escandinava de casi sesenta años que, ya desde sus inicios como «niña prodigio» del ecologismo más militante, se había convertido en uno de los iconos principales del incipiente movimiento de contención y reversión poblacional. El juego de palabras «Great Greta» era la expresión más frecuente en las pancartas que sostenían los miles de seguidores que habían acudido a apoyarla en el exterior del recinto, como sucedía en todos los lugares que visitaba. Coreaban el eslogan habitual, «Contener-Revertir-Perdurar», y agitaban banderas de la ONU y también pancartas con su retrato simplificado, el mismo que algunos proyectaban holográficamente en el aire.

Programa holográfico Hard Talk, BBC, marzo de 2062.

—USTEDES SE QUEJAN de que los medios no le dan suficiente cobertura al Movimiento H0, pero cuando tienen, como hoy, la oportunidad de hablar con claridad al mundo, muestran una opacidad clamorosa respecto a sus planes.

—No hay tal opacidad —respondió con marcado acento italiano—, somos muchos millones de personas...

—Y ningún gobierno... —interrumpió el conocido presentador británico.

—Sí, bueno, ningún gobierno públicamente, pero miles de simpatizantes en todos los gobiernos y en general en la base ciudadana de todas las sociedades humanas. Y no hay opacidad. Hemos denunciado hasta la saciedad que el plan de la ONU es una simple estrategia dilatoria, y que es ingenuo pensar que mediante la simple esterilización voluntaria e incentivada con dinero, y con la consiguiente restricción de nacimientos, podamos deshacer el daño casi irreparable que nuestra especie le ha infligido a la Madre. Esa estrategia llevaría varios siglos y no queda tiempo.

—Pero el plan oficial incluye también una severa desactivación de la tecnología, pese al decrecimiento económico que ello implica. Es el mayor sacrificio consciente en la Historia de la humanidad.

—Da igual, no alcanza ni de lejos a resolver el problema. La contención tecnológica es tan mínima que ni siquiera en sus fases más avanzadas contempla una reversión suficiente del impacto. De hecho, la élite política evita hablar de reversión en lo tecnológico y sólo promete una «contención» tec-

nológica indeterminada. Sólo en lo demográfico hablan de reversión, pero tan lenta que...

—Ahí quería llegar, para que la reversión demográfica sea tan rápida como usted considera necesaria, ¿qué medidas propone? Dígaselo a los espectadores, ¿qué medidas?

—Usted quiere llevarme a decir que hay que exterminar a la población, que hay que establecer campos de concentración y cámaras de gas, y no pienso decirlo...

—Pero lo piensa.

—¡Vaya! ¿Ahora lee usted las mentes de sus invitados? —protestó con una sonrisa irónica— ¡Es absurdo, es una calumnia! ¡No somos criminales, no somos genocidas! ¿Cuándo hemos propuesto nosotros el exterminio?

—Veladamente...

—No, ni velada ni abiertamente, ¡nunca!

—¡Si lo llevan hasta en su propio nombre!

—H0 significa Humanidad Cero, sí, y el nombre expresa que algún día desaparezca del todo la especie humana, una especie nociva y parasitaria que está a punto de destruir a la Madre. En eso nos diferenciamos de la élite global, que pretende matar el cáncer pero no del todo, curar a la Madre *ma non troppo*... dejar un pequeño tumorcito humano que siga por siempre aferrado a su médula. Y eso es lo mismo que nada. En el mejor caso, sólo aplazará el problema: la humanidad futura volverá a crecer hasta ser otra vez una amenaza existencial para la Madre. Los tumores hay que erradicarlos y la humanidad es el tumor que está matando a la Madre. Pero nosotros proponemos alcanzar ese fin mediante procedimientos humanitarios, civilizados y benevolentes: la reversión tecnológica inmediata, retornando a una existencia natural y mucho menos nociva para la Madre hasta que desaparezcamos, y la esterilización generalizada, por supuesto, pero no voluntaria ni incentivada como propone el plan ridículo de la ONU, sino organizada...

—¡O sea, forzosa, coercitiva...!

—¡Sí, obligatoria, por supuesto! ¡Es el único camino viable! Los estudios de la propia ONU dejan claro que no hay tiempo, ¡ya no queda tiempo! No tenemos margen para promover la esterilización voluntaria, amable y bondadosa por parte de la misma especie depredadora y asesina que está destruyendo a todas las demás. El buenismo de la Secretaria General, la *gran* Greta —acotó con sorna—, y de todo el *establishment* político mundial es tan ingenuo como criminal. No hay que matar a nadie pero la esterilización no puede ser meramente opcional, y el retroceso tecnológico tampoco. Se necesita fuerza, voluntad, liderazgo y determinación. Se necesitan medidas ejecutivas e inmediatas, efectivas en el corto y medio plazo, no planes a varias décadas vista.

Berlín, marzo de 2062.

EN UNA HABITACIÓN de hotel, en la capital alemana, la joven activista Caroline Jaspers apagó el monitor holográfico en *true 3D*, donde había seguido la emisión de la BBC. Incluso sin maquillar, «con la cara lavada», estaba guapísima. Su larga melena rubia parecía irradiar la luz del Sur de California, donde había crecido. Se pasaba el día recogiendo y soltando el cabello, que enmarcaba un rostro amplio de facciones ligeramente afiladas con las que contrastaba una nariz algo respingona. Por esa nariz y por sus ojos de esmeralda habían suspirado muchos compañeros de clase en la universidad, unos años atrás. A ese mismo efecto había contribuido siempre una risa contagiosa, a veces demasiado escandalosa, que exhibía una dentadura blanca y perfecta.

Su novio, apenas medio palmo más alto que ella, salía en ese momento del baño, con una toalla ceñida a la cintura y secándose la cabeza con otra. Caroline le recibió sentada ante la mesa de trabajo de la suite y señalando el receptor con una mueca de desprecio mientras negaba con la cabeza.

— ¿Estabas viendo a alguien del H0?

— Sí, era el nuevo, el italiano ese que han puesto ahora de portavoz para Europa. Estaba en la BBC.

— Lo mismo de siempre, ¿no?

— Sí, para mí que a estos les paga la ONU. Ha recitado el argumentario habitual. Que hay que ir más deprisa y llegar al horizonte de humanidad cero...

— Esterilizando —completó su novio con una sonrisa mordaz.

—Sí, pero dice que «de forma organizada» —imitó el acento italiano del entrevistado—, una esterilización obligatoria y no meramente incentivada como la de la ONU. Ah, y prohibiendo la tecnología para desandar de golpe varios siglos y tal.

—Cuánta ingenuidad. O cuánta mala fe. Mientras los fascistas del H1 siguen siendo la segunda fuerza política en casi la cuarta parte del planeta, y mientras las élites mundiales se aferran a la bobada esa del Plan de Contención y Reversión de la ONU, sin fechas claras y sin una voluntad real de llegar a ninguna parte... estos del H0 se prestan a hacer de tontos útiles.

—Son meras comparsas. Menos mal que toda la gente sensata del H0 ya se ha pasado al Movimiento M.

—Sí, son disidencia controlada. Al sistema le viene como anillo al dedo que haya un movimiento que parezca ir más allá y legitime su plan haciéndolo parecer moderado ante la gente mayor que aún tiene dudas. Yo creo que hay muchas personas de buena fe embaucadas por el H0, personas que sí saben que es imprescindible la desaparición física de la humanidad, pero cuyos viejos valores morales les generan una sensación de culpa. Por eso sueñan con una extinción voluntaria, basada simplemente en no procrear. Pero eso es arcaico, es lo que proponían los pioneros en los años noventa del siglo pasado, hace unos setenta años... Y esa ensoñación les impide considerar opciones más realistas y expeditivas.

—Exacto.

Mientras él seguía secándose, Caroline se acodó sobre la mesa y juntó los dedos de cada mano con los de la otra, por las yemas. Era un gesto muy suyo.

—Y esas personas —continuó al cabo de unos segundos— nos tienen por monstruos, cuando los monstruos, sin saberlo, son ellos. O la humanidad desaparece de forma rápida o la que desaparecerá es la Madre.

—La única solución viable es la eutanasia generalizada —dijo él mientras tomaba del armario una camisa, que dejó sobre la cama.

—«Eutanasia generalizada»... —le reprochó su novia riendo por la expresión— No me seas cursi, que estamos solos.

—El suicidio planificado a diez o quince años a cambio de fuertes incentivos económicos hasta entonces —aceptó recitando lentamente la propaganda del Movimiento M, mientras buscaba la ropa interior en un cajón. Pero Caroline se acercó sigilosamente por detrás y le deshizo la toalla, que cayó al suelo.

—Tenemos que irnos ya, cielo... hay una multitud enorme esperando en el auditorio —dijo él girando para besarla mientras se resistía cariñosamente.

—Bueno, pues que esperen unos minutos más, Ricardo.

Consintió pero después se entristeció porque estaba casi seguro de que iba a tener que romper con Caroline, aunque estaba perdidamente enamorado de ella. Apartó como pudo ese pensamiento sombrío y capaz de desencadenar todos sus demonios. Lo importante ahora era el evento. Se vistió y se adelantó para reunirse con sus colaboradores, que le estaban esperando en la recepción.

Cuando se cerró tras él la puerta de la suite, Caroline se sentó en la cama y se resistió a caer una vez más en su recurrente sentimiento de culpa. Su aguda intuición, que casi nunca le fallaba, le decía que algo diferente de lo normal estaba pasando ahora por la mente de Ricardo, algo que no sabía identificar ni valorar, pero que podía ser el inicio de un problema muy grave. Antes de bajar al *lobby* se metió en el baño y abrió fuerte el grifo de la ducha, para que hiciera ruido. Estableció una llamada breve y discreta, sólo de audio, con alguien que respondió desde Nueva York. Después, mientras se vestía, le vinieron a la mente algunos recuerdos de su adolescencia en Laguna Beach. Le encantaba pasear en bicicleta y saltarse la prohibición de salir del recinto del orfanato, y se imaginaba pedaleando entre las casas de un barrio normal para llegar de vuelta a la suya. Pero a ella no la habían adoptado. Su única salida era estudiar más y mejor que nadie. Años después, en

la otra punta del país, una joven muy simpática se le aproximó al salir de su clase de primer curso en Harvard, y la invitó a tomar un café mientras le daba una tarjeta sin logo ni cargo ni institución: sólo un nombre y un número de teléfono.